

Matías Maggio Ramírez

Lobos

Emily Gravett, Lobos, Macmillan, Buenos Aires, 2011.

Al escribir *De la salud de los eruditos*, el médico suizo Samuel Tissot no contempló a los conejos entre aquellas especies que ponen en peligro su vida por dedicarse a la lectura. La experiencia clínica del doctor demostró que leer era, al menos en el siglo XVIII, perjudicial para la salud. Por dejarse seducir y arrojarse del mundo a través de la lectura de libros frívolos no solo se perdía tiempo y se cansaba la vista, sino que se producían tumores, aneurismas, inflamaciones, supuraciones, úlceras, hidropesía, dolores de cabeza, delirios, modorras, almorranas, convulsiones, letargos, apoplejías y oclusión intestinal, entre tantos males en el desdichado pero erudito lector.

La escasa bibliografía que puede consultarse sobre la vida de los conejos en las fábulas y relatos populares indican que solo se interesan por su comida. Gracias a Emily Gravett, que editó sus investigaciones sobre los hábitos y consumos culturales de los conejos, actualmente sabemos que también tienen un apetito voraz por la lectura. Según narra la muy premiada autora británica, el conejo suele hacer gala de una malsana curiosidad. Para sostener su afirmación, Gravett decide con certeza seguir el proceso de investigación que un conejo realiza cuando decide conocer la vida de los lobos. El conejo, antes de realizar su arriesgado “trabajo de campo” sobre la sociabilidad del *canis lupus*, con buen manejo de la toma sus recaudos metodológicos y, como buen científico, decide concurrir a la biblioteca pública para evitar sorpresas a la hora de aventurarse en territorio enemigo.

Ya sumergido en la lectura, el conejo aprende que los lobos viven en manadas y se refugian en lugares poco habitados como los bosques. En ese momento, la minuciosa pesquisa del narrador encuentra al conejo completamente abstraído del mundo: es cuando lee en el libro *Lobos*, en muy amenazante entorno, el bosque cercano a la biblioteca. Para evitar llamar la atención del protagonista de esta historia y de la sombra que lo acompaña, la autora decide, desde una distancia prudencial, seguir

al conejo, y lleva consigo solamente un block de dibujo, más un par de lápices de colores. Así, retrata las prácticas de lectura del conejo en cuestión. A medida que la narración avanza, bastan pocas palabras para acompañar sus excelentes dibujos. Las ilustraciones dan cuenta de las realistas descripciones de los lobos que conoce el conejo mientras sigue hasta casi el final del libro, sin enterarse de que no está solo en su regreso a casa. No precisamente es la autora del libro quien lo escolta.

Lobos es un pequeño libro-álbum que frente al destino que imaginamos para el conejo curioso propone un final alternativo, afín a lectores sensibles, después de aclarar que “ningún conejo fue devorado durante la elaboración de este libro”. El conejo lector se paseó por las 36 páginas del álbum sin despegar sus narices del libro, aunque así ignorase el peligro que le interesaba estudiar. La tensión se traslada a los nervios del lector, que solo quiere llegar al final del libro para saber si en algún momento los vivaces ojitos del conejo se despegaron de las páginas del libro. Y ya alguien nos informará si el protagonista de esta historia sufrió aquellos males que padecen quienes leen demasiado.